

Guillermo Hurtado, José Alfredo Torres y Gabriel Vargas Lozano
(coordinadores), *La filosofía y la cuarta transformación de México*
(México: Torres Asociados, 2019)

CARLOS GUTIÉRREZ LOZANO
ITAM, México

El título del libro es bastante llamativo, pero no obedece a criterios mercadológicos (para vender más ejemplares) sino al tema del mismo, el cual es, para los autores, “un tema crucial”, a saber: “la función de la filosofía frente a la situación actual del país” (p. 5). Después de la lectura de los 10 ensayos, provenientes de un coloquio realizado por el Observatorio Filosófico de México en el marco del XIX Congreso Internacional de Filosofía (Aguascalientes 2018), me parece que la pretensión se cumple, no en el sentido de una reflexión acabada, sino al contrario: como un valiente inicio que debe ser continuado y sostenido.

Más que hacer repaso de cada una de las intervenciones, de diferente enfoque y calidad, quiero subrayar los puntos fundamentales que se resaltan una y otra vez.

1. La educación como botín del neoliberalismo

Varias ponencias ponen de manifiesto que, desde la década de 1980, la educación se fue poniendo en manos de las empresas (de tener en cuenta las exigencias de la UNESCO a seguir solo las de la OCDE): muestra de ello es la predominancia de términos como competencias, calidad, eficiencia, capacidad, instructores, efectividad, etc. Para Eduardo Sarmiento “se trata, pues, de medidas emanadas por encima de la sociedad, protegidas legalmente por el Estado (Estado burgués) y que responden a una ideología

económica” (p. 64). La orientación de la educación fue transformándose de formar personas a capacitarlas estratégicamente para integrarlas “exitosamente” al mercado laboral. Alejandro Herrera nos recuerda que esta orientación empresarial nos ha hecho ocupar uno de los últimos lugares en lectura por ciudadano, pues “los sucesivos gobiernos han buscado producir ciudadanos que sepan apretar tuercas de día y enajenarse de noche frente a un televisor o un celular” (p. 51). José Alfredo Torres señala que “lo gerencial, cierto, es justificable en un contexto de productividad acelerada; sin embargo, a la par ha marginado la ética empresarial y ha afectado la crítica y la autocritica de la estructura” (p. 43). Tal entrega ha tenido consecuencias devastadoras. Una de ellas: “un desdén y una eliminación sistemática de las humanidades” (p. 41), la cual, afortunadamente, frenó en su momento el OFM. Otra es, obviamente, la transformación de la educación de un derecho humano que debe ser garantizado por los Estados a un bien subsumido en la diabólica lógica del mercado: “la política educativa neoliberal genera la contradicción entre la reducción de la inversión en educación pública y la intensificación de la competencia entre instituciones privadas que buscan ese capital humano marginado del derecho a la educación pública” (p. 69).

2. El papel crítico de la filosofía y el compromiso político del filósofo

Mauricio Beuchot recuerda, en medio del salvaje “maquiavelismo” (entre comillas porque casi siempre se ha malentendido) actual, que la ética y la política son insolubles y que la filosofía es la encargada de dar el fundamento a ambas. También nos recuerda que la dimensión pragmática es la que puede ayudarnos a superar los abismos entre lo teórico y lo práctico, cuando de normas se trata. Alberto Saladino afirma que “urge radicalizar el cultivo de la filosofía como pensamiento crítico al modo de producción capitalista en virtud de sus catastróficos efectos en

la explotación y destrucción de los recursos naturales en la fractura de los lazos de convivencia pues la violencia irracional le es inherente, y por alimentar el imparable incremento de la desigualdad social” (p. 14). Y más adelante: “el quehacer filosófico tiene la impronta de persistir como discurso crítico, reflexivo” (p. 17).

El análisis de la cuarta transformación, realizado por Guillermo Hurtado, es de lo más logrado del libro y brinda una gran claridad, que se agradece en medio de tantas y tan disparatadas opiniones y polarizaciones, respecto de lo que debería entenderse por cuarta transformación según el partido MORENA y su caudillo Andrés Manuel López Obrador. La conclusión de Hurtado es iluminadora: “no debemos permitir que su embrujo nos aturda. Sin claridad conceptual no habrá claridad en la acción” (p. 31).

3. Las directrices de lo que debe ser una educación que sirva a México

José Alfredo Torres, en su análisis desde la filosofía de la educación, señala la necesidad de que los filósofos hablen menos de educación e incidan más en la misma, de modo que sea posible que se obtenga lo que el país, y no la empresa capitalista, necesita. Y si el país tiene, dice Mario Teodoro Ramírez siguiendo a Luis Villoro, una pesada “crisis moral, que apunta a una grave descomposición de las estructuras elementales de la vida social” (p. 94), la educación debe acentuar su aspecto moral y ético: “deberemos restaurar la ética en la educación, proyectándola hacia zonas sensibles como la discriminación, las finanzas o la cultura de masas” (p. 40), y más adelante: “una filosofía moral propendería a esclarecer conceptos pertinentes sobre ‘interculturalidad’, ‘multiculturalidad’ y ‘pluriculturalidad’ en contextos de marginación o de pobreza, lo que podría conducir a una educación cimentada en la justicia conmutativa y distributiva” (p. 47). La filosofía puede (y debe) ayudar a recuperar el

auténtico sentido de educar, que es formar integralmente: “La educación inculca valores e induce hábitos que se traducen en virtudes, tanto morales [educar para la democracia] como epistémicas [pensamiento crítico]” (p. 52). Alejandro Herrera propone la meta de la educación en México: “mejorar el país mejorando a sus ciudadanos a través de la enseñanza y la educación” (p. 53), mientras que Mario Teodoro Ramírez insiste en el papel transformador de la educación en general y de la filosofía en específico, ya que (y claro que tiene razón) “mientras no haya un cambio en la conciencia social, en la conciencia de las personas, todo cambio en las realidades objetivas será limitado y al final fracasará” (p. 100). En este mismo sentido argumenta Gabriel Vargas Lozano, al tiempo que analiza críticamente la cartilla moral de Alfonso Reyes, cuando escribe: “se puede pedir a las personas que ‘sean buenas’ pero ese llamado a la voluntad no puede ser llevado a cabo si subsisten las condiciones económicas, políticas, culturales, psicológicas y éticas que lo propiciaron y, sobre todo, si no existen una educación y auto-educación [...] que permita acceder a una nueva condición moral” (p. 113).

4. La filosofía: contemplación teórica o actividad transformadora

Es estimulante la discusión implícita, entre líneas, sobre la “esencia” de la filosofía. ¿Es pura contemplación y reflexión de ideas, que deben ser puestas en práctica por otros: economistas, pedagogos, estadistas? ¿Es una actividad transformadora como ya lo urgía Marx? ¿Es una mezcla de ambas, al fin y al cabo ya Aristóteles decía que la contemplación es una actividad? ¿O ninguna de ambas y es “únicamente” un árbitro que señala límites a la ciencia y la sociedad? Me parece muy oportuno lo que nos recuerda Gerardo de la Fuente: “la filosofía se dice de muchas maneras [...] y constituye un saber que no necesariamente resuelve problemas, sino suele crearlos” (p. 101). Y más adelante precisa que si hay una uni-

dad en la pluralidad (*princeps analogatum*), “esta radicaría en una suerte de compromiso crítico y peligroso con el saber recibido” (p. 104).

Sin pretender zanjar la cuestión, mi opinión es que la filosofía debe ser fronética: debe descubrir (obviamente a través del diálogo franco y abierto con todos los actores sociales) cuándo es necesario hablar, cuándo callar, cuándo salir, cuándo permanecer, cuándo contemplar, cuándo transformar... Opino que es tiempo de hablar y de contribuir de todas las maneras posibles a que México sea un mejor país: opino que hoy se necesitan filósofas y filósofos (no exclusivamente académicos) que utilicen prudentemente las tecnologías de la información y comunicación (TICS): necesitamos filósofas y filósofos en programas de debate y opinión en radio y televisión; necesitamos filósofas y filósofos en Twitter, Instagram, Blogs, etc., que ayuden a ubicar críticamente los problemas y a presentar dialogantemente posibles soluciones; necesitamos filósofas y filósofos columnistas en periódicos y revistas, no especializados, sino de circulación nacional; necesitamos filósofas y filósofos en los partidos políticos y en las asociaciones de la sociedad civil, no para legitimar la ideología, sino para señalar límites, peligros, perspectivas... Hoy la filosofía debe estar en las aulas y en el ágora del espacio público. Me parece que Gerardo de la Fuente piensa lo mismo cuando escribe: “hagamos saber que nuestra oferta es la razón, con toda la crudeza, agudeza, conflicto interminable y belleza que ella implica” (p. 109).

Bienvenido este libro y que provoque muchos más.

